

LA SEMANA



Completada



Año 6º N. 1

A. Jiguer



LA SEMANA

Hace muchos años, cuando aun no se había apoderado de comerciantes é industriales la fiebre del anuncio, ni eran conocidos los Geraudel, los Pears, ni los Príncipes del Congo, D. Matías López pegó en las esquinas é hizo populares aquellas tres parejas cuya escalona da robustez era explicada por estos letreros: «Antes de tomar el chocolate de López», «Tomando el chocolate de López», y «Después de tomar el chocolate de López».

Supongo yo que ahora la fábrica de chocolates *La Española*, después de repartir entre sus operarios y favorecedores el premio gordo de la lotería de Navidad, sabrá hacer de la fortuna el reclamo mejor de sus productos, y pondrá en sus anuncios otros tres matrimonios de diferente bolsillo, que digan, en escala ascendente de opulencia: «Antes de tomar el chocolate de *La Española*»; «Tomando el chocolate de *La Española*», y «Después de tomar el chocolate de *La Española*».

Los jugadores desengañados no pueden estar

quejosos de la Fortuna, cuya galantería á la vista salta.

Se ha tomado de un sorbo el chocolate y les ha dado á ellos el mogicón.

Consuélnense los desgraciados.

Al fin y al cabo, la suerte ha protegido á la industria nacional.

Peor sería que la administración favorecida hubiera sido alguna de Badajoz, en donde tanto juegan los portugueses, ó alguna que hay en San Sebastián, tan frecuentadas siempre por nuestros vecinos del Norte, ó la de Carabanchel, que tantas remesas de billetes envía al extranjero.

—Diga V.—preguntaban á un madrileño,—¿le ha caído á V. la lotería en esa fábrica?

—No, señor.

—Yo tenía entendido que tomaba V. el chocolate de allí.

—Es verdad, pero lo dejé porque me irritaba.

—¡Ahl vamos; ¿y ha encontrado V. alivio?



SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO

TEXTO: *La Semana*, por L. Royo y Villanova.—*El sueño de una doncella*, por L. de Ansorena.—*Sor Paula*, por José M.^a de la Torre.—*Epigrama*, por F. Peñaflor de Gallego.—*El lacayote*, por Alfonso Pérez Nieva.—*Historia de muchos Juanes*, por Luis Montoto.—*¡Vecino!*, por J. López Silva.—*El gato escaldado...* por Emilio de Motta.—*Caidas mortales*, por Marcial de los Ríos.—*En la plaza*, por Joaquín Dicenta.—*Vamos al campo*, por Juan Pérez Zúñiga.

GRABADOS.—*Portada del tomo*, por Figuer.—*Galería artística*, por Escaler.—*El nuevo Prometeo*, por Pahissa.—*Historieta muda*, por Mecachis.—*Las pantorrillas del general*, por Mecachis.—*Sosadas*, por Melitón González.—Hay, además, cuatro grabados de adorno correspondientes al texto.

—Todo lo contrario; ahora me he irritado mucho más.

—Nuestro gozo en un pozo—decían otros años los olvidados por la fortuna.

Y este año dirán:

—Nuestro gozo en un pocillo..... de chocolate.

La suerte es muy perra, verdaderamente.

Mírenla ustedes de color.

Este año es *canela*, como una perra cualquiera de las que andan por esas calles.

Ya estoy viendo que en la alta sociedad se destierran los *thés*, los *lunchs* y los *five o'clocks* para imitar aquellos hirvientes chocolates y aquellas bandejas de suplicaciones que fueron la delicia de nuestros abuelos.

—¿Qué tomará para desayuno?—preguntarán en las fondas.

—Chocolate; eso ni se pregunta siquiera.

—¿Con vizcochos?

—Nada de eso; con premio de la lotería.

Antes era el demonio quien se colaba en las chocolateras, se zambullía en las jicaras ó lograba introducirse en los tazones, llenos de hirviente socomuco para meterse bonitamente en el cuerpo de los santurrones y beatas.

Dígalo sino Carlos II *el Hechizado*, que no me dejará mentir.

Ahora es la fortuna, la simpática fortuna quien adopta los procedimientos del demonio y libra para siempre al chocolate de aquella tremenda maldición que cayó sobre él á la muerte del último de los Austrias.

Mirad á la fortuna con su *toilette* fin de siglo. Ya no eleva sobre sus ojos la venda clásica,

sino la pequeña servilleta adamsada, al cuerno de la abundancia ha sustituido una chocolatera colosal, la rueda alada en que la ninfa apoya su pie en una rueda de molinillo, su pedestal de nubes es ahora un pedestal de azucarillos, su aureola, una aureola de picatostes.

Antes una jicara tenía que inspirar respetos y temores.

Darle á uno jicarazo, equivalía á quitarle la vida.

Ahora una jicara levanta sentimientos alegres y regocijados.

Parece que al sorber su contenido más que bebernos un líquido como otro cualquiera, nos bebemos una renta líquida.

Todos los pueblos y todas las épocas han tenido sus especiales amuletos que atraían la suerte y alejaban el mal.

Los egipcios adornaban sus trajes y sus habitaciones con escarabajos metálicos, los moros colgaban bajo la moharra de sus lauras colas de caballo, en Herculano y en Pompeya colgaban las mujeres de su cuello y de sus muñecas dijes impúdicos...

¿Podremos esperar que los amuletos de moda sean ahora pastillas de chocolate y asas de jicara?

Y basta de azúcar, de canela y de cacao.

El capricho del premio gordo me ha hecho dar á los lectores una verdadera *molienda*.

Pido á Vds. perdón, concluyo la crónica y saco un cigarro.

De chocolate, por supuesto.

LUIS ROYO VILLANOVA.

El sueño de una doncella.

—Ya es hora—dijo..... Arrodillóse Carmen,
y con fervor sincero
rezó..... lo de costumbre..... ¡Era una santa!
Los ángeles del cielo
esperaban sus preces que traían
el olor de su aliento.....
Los ángeles son niños que se mueren.....
¡pero más picaruelos!.....
Después de un rato de oración, la niña
levantóse del suelo.....
Crugió la seda al arrugarse..... y... vamos,
quedó desnudo un pecho
blanco, apretado, palpitante, hermoso.....
¡La santa era una Venus!.....
Erguida, seria, escultural..... quedóse
de pie por un momento
junto á su cama, estremeciéndola el frío
y se metió en el lecho,

encogiéndose en él como una tórtola
que tiene mucho miedo.....
Pensó en Dios..... en su madre..... y en sus pájaros.....
cerró sus ojos negros,
y, siempre un poco triste, la muchacha
se durmió al poco tiempo.....
Virgen, casi una niña, de seguro
que sería aquel sueño
tan puro como la hostia, antes que el cura
la toque con sus dedos,
porque la carne cuando roza, siempre
deja un impuro sello.....
¡Fué así?... Yo sé que al despertar la joven,
dijo con triste acento:
—¡Si siempre he de soñar con estas cosas,
no se para que rezol!.....

Luis DE ANSORENA.

Sor Paula.

Hincada en tierra, con la vista torva;
acallando el rugir del pensamiento;
doblado el cuerpo, que sin fe se encorva
ante el yugo fatal del juramento;
sintiendo el frío de la losa helada
á través del sayal en sus rodillas
y el fuego horrible de pasión ahogada
pugnando por brotar en sus mejillas,
Sor Paula reza, crucifijo en mano,
un *padre nuestro* entre sus labios rojos
en su pecho las furias del océano,
la luz de las centellas en sus ojos.

Cerró la noche; de la celda umbría
el triste ajuar, con su destello alumbra
tan sólo un rayo de la luna fría,
que filtrando en la espesa celosía,
deja casi á la monja en la penumbra.
Vellones blancos que destilan hielo
su marcha siguen por el negro cielo
y el cierzo que murmura sus congojas
retuerce en el jardín las ramas secas
y arroja el polvo y las marchitas hojas
del viejo muro á las ventanas huecas.

Con un acento que dolor destila
«Padre nuestro» murmura la cuitada.....
Y no puede seguir. En su pupila,
por las sombras espesas dilatada,
sólo una imagen ve; no quiere verla;
llama de nuevo á Dios desesperada;
pero Dios, que no quiere protegerla,

la devuelve la imagen adorada
y Sor Paula, cual tigre que desea
la jaula destruir que le aprisiona,
se abandona á los goces de la idea,
al placer del maldito se abandona.

—¿Qué habrá sido de él? ¡Quizás ha muerto!
Quizás en brazos..... No. ¡Dios poderoso!
¡Señor del Sinahí! Di que no es cierto;
¡que no es cierto Señor! ¡Tras rencoroso
grito que brota de su pecho herido
se incorporó la bella religiosa
con el rojo semblante contraído
por sonrisa espantosa.

Y las blasfemias que guardaba el alma
encerradas en antro tan estrecho
las desahogó con espantosa calma
clavándose las uñas en el pecho!

Y sonaron después en sus oídos
religiosas y tiernas melodías
y voces con acentos doloridos
que llenaron del templo las crugías.
Ante aquella oración de sus hermanas
olvidó sus torturas inhumanas.....
sepultó en un sollozo sus agravios
¡y otra vez la infeliz cayó de hinojos
con el llanto en los ojos
y el Cristo de metal entre los labios!

José M.^a DE LA TORRE.

Epigrama.

—¿Qué años tiene usted, Lolilla?
dijo á una modista Santos.
—¿Cuántos años tengo? Tantos
como palos una silla.

—Son quince, según yo cuento.....
Pues..... metafóricamente,
no tendría inconveniente
en echarle á usted un asiento.

F. PEÑAFLORES DE GALLEGOS.



AMOR DE VIEJO. (Cuadro de Bayard).

El lacayote.

(NARRACIONES DIMINUTAS)

La presencia de aquel lacayo de formidable, de gigantesca estatura, embrutido en su largo levitón verde con botones dorados, asomándole la cabeza redonda y mofletuda, coronada por un flamante sombrero de copa, entre las aletas de un felpudo finísimo, produjo en la casa un alboroto tremendo. Los vecinos todos del corredor se asomaron á las puertas de sus tabucos apenas advirtieron la llegada del lujoso criado; era la primera vez que un personaje de tal categoría pisaba la humilde vivienda habitada por una tribu de gente pobre. ¿Quién de entre ellos se codeaba con señorones de coche? Nadie lo sabía; las comadres, apelotonadas y cuchicheando, se lo preguntaban unas á otras, sin que ninguna supiera media palabra del lance. Mientras, el lacayote, despacioso y pesado, subía la desvencijada escalera, impasible, sin cuidarse para nada de la curiosidad general. ¿Dónde iba?... Lentamente arribó al tercer piso, y sin vacilar encaminóse al número 4 situado al fondo de la galería, donde llamó con su recia manaza. ¡Gracias á Dios! Ya sabían los demás cuya era la visita. ... Del señor Lucas, el pintor de brocha gorda, que andaba tan mal de salud como de trabajo.....

A los golpes del lacayote, abrióse la puerta del 4, y apareció un hombre de edad madura, demacrado, propiamente en los huesos, sin colores en las mejillas, sin luz en los ojos, con todas las huellas de las enfermedades del pecho en el semblante; para preguntar al criado qué se le ofrecía, tuvo que detenerse dos ó tres veces; la fatiga le cortaba la voz; bastaba verle para adivinar además en su rostro el hambre; le mataba la tuberculosis y la miseria implacable le aceleraba la caída..... El lacayo no pasó de la entrada, sacó del bolsillo un sobre cerrado que entregó al infeliz obrero de parte de una persona caritativa que deseaba ocultar su nombre y se retiró impasible y rígido, sin acelerarse, como si fuera una máquina sujeta á una velocidad fija.

El agraciado entró en seguida á su aposento, convulso, sin acertar á abrir el sobre, sin darse cuenta de lo que le acontecía, temblando de emoción, llamando á gritos á su mujer que acudió atónita ante tales voces; el obrero rasgó el sobre con febriles dedos y dentro se encontró un hermoso billete de Banco de 100 pesetas..... ¡Dios mío, qué bien venía semejante fortuna, llovía del cielo sobre el sotabanco! Precisamente aún estaba sin comprar la última medicina recetada por el médico, porque apenas si tenían para comer..... El operario llevaba más de dos meses sin trabajo; gracias á la casa de préstamos iban tirando malamente; pero ya no quedaba nada que empeñar..... Todo su ajuar se componía de una camilla, dos sillas, un cofre y un

catre de hierro con una manta por todo abrigo.... Y el invierno, el cruel invierno de las grandes veladas y de las noches glaciales, se echaba encima sorprendiéndolos sin estera ni fuego, estando él enfermo de los pulmones.....

Marido y mujer bendijeron desde lo más hondo del alma al incógnito bienhechor que se acordaba de ellos; que tenía un hueco en su memoria para aquel ignorado sotabanco..... Entonces les acometió la misma idea: ¿Quién sería el generoso donante? ¿Quizás alguna señora de las muchas Juntas benéficas que en Madrid existen? ¡Vaya usted á saber!.... Cuando no había querido dar su nombre, por algo sería; acaso por delicadeza.....

A la mujer, como mujer menos conforme con lo incógnito de la limosna y menos resignada á ignorar de dónde venía el socorro, se le ocurrió que el lacayo que había subido el sobre debería de tener abajo el coche esperándole, y por instintivo impulso abrió el ventanuco del cuarto para atisbar; el marido comprendió lo que pasaba por la mente de su esposa y se acercó igualmente á la ventana. No calculaban mal; el criado salía en aquel momento del portal y se dirigía con su andar de procesión al carruaje, á la portezuela del cual se acercó sombrero en mano á recibir la orden; un instante permaneció parado respondiendo que sí con la cabeza á algo que le preguntaban desde la berlina; de pronto una cabecita de mujer, coronada por una capotita de última moda, asomó por la ventanilla y miró hacia el sotabanco.

Sucedió entonces una cosa singular, de una elocuencia terrible. Apenas los dos esposos vieron á la dama se demudaron súbitamente, abriendo los ojos con asombro y espanto; luego se les reflejó en el rostro una iracundia tremenda; la mujer murmuró temblando de emoción, balbuciendo: ¡Es ella! Anita..... ¿Cómo ha sabido dónde vivimos? Y el marido exclamó anonadado: ¡Nuestra hijal! Después á la pobre obrera se le llenaron los párpados de lágrimas y acometióle al pintor una idea que debió herirle cruelmente, pues se le pintó en el semblante un dolor supremo, y haciendo una pelotilla, de un estrujón, con el billete de Banco y con el sobre, lo arrojó á la calle, diciendo con altiva amargura:

—Yo no puedo admitir este dinero deshonorado, que es un insulto á mis canas.....

Y como todo fué instantaneo, la dama vió caer el billete, aunque al encontrarse asomado á la ventana al matrimonio, escondió su cabeza gentil en el coche, y el carruaje se lanzó á escape de su tronco de yeguas. Y arriba se quedaron llorando en silencio dos personas á las que en aquel momento envidiaba toda la vecindad.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Historia de muchos Juanes.

JUANA LA COSTURERA

I

Apenas el sol apunta,
Entre dormida y despierta,
Al taller de la modista
Va Juana la Costurera.
A su paso por las calles
Los galanes la requiebran,
Movidos por los encantos
De sus quince primaveras.
Pero ó Juana no los oye,
Ó sus requiebros desprecia;
Y cuanto es más requiebrada,
Más sus pasos acelera.
¡Quién á escuchar se detiene
Al mozo que la corteja,
Cuando el dedal y la aguja
Y la máquina la esperan!
—Vaya usted con Dios, hermosa.
—Vaya usted con Dios, mi reina.
¡Hermosa! Mienten los hombres.
¡Amarilla y con ojeras!
¡Hermosa, la señorita
En cuyo traje se emplea;
Traje de novia, cuajado
De encajes y finas perlas!
¡Ya es tarde! Acaso llegaron
Al taller sus compañeras.
No es culpa suya: cosiendo
Se pasó la noche en vela;
Luego el dolor de la espalda,
Y la tos que no la deja,
Hacer al padre el almuerzo,
Cuidar de la madre enferma...
¡Que mucho que haya perdido
Una hora de tarea!
Y si la perdió, es seguro,
La gana antes que anochezca:
En cosiendo doce horas
El traje acabado queda.
Llega al taller.—«Hoy las sábanas
Se te pegaron, y es fuerza
Que el traje blanco, el de boda,
Quede mañana de prueba.
Si tú no puedes lo dices,
Que no faltará quien pueda.
No se ganan los jornales
Durmiéndose á pierna suelta.»
Juana dispone la máquina,
Febril el pedal golpea
Y trabaja hora tras hora
Sin levantar la cabeza.
¡Qué importa el dolor de espalda,
Qué la tos que no la deja,
Si parece que le dicen
De la máquina las ruedas:
¡Cose, cose, pobre Juana,
Que ya muy poco te queda!

II

Cuando la noche es llegada,
Hacia su humilde vivienda,
Llevando el traje de boda,
Va Juana la costurera.
A su paso por las calles

Los galanes la requiebran.
—¡Vivan las hembras gallardas!—
¡Gallarda, y va medio muerta!
La luz enciende, mal come,
Al padre sirve la cena,
Y cariñosa y solícita
Cuida de la madre enferma;
Luego el vestido de boda
Sobre su falda despliega;
Rico vestido de raso,
De encajes y finas perlas.
¡Duele la espalda? ¡Qué importa!
¡Sofoca la tos? ¡Quimera!
Á coser, porque mañana
El traje ha de estar de prueba...
¡No se ganan los jornales
Durmiéndose á pierna suelta!
Juana dispone la máquina,
Febril el pedal golpea
Y trabaja hora tras hora
Sin levantar la cabeza.
Como el ampo de la nieve
Es blanco el raso; las perlas
Blancas son; blanco el encaje,
Limpio como la inocencia.
¡Ayl, sobre el traje de boda
Mancha cayó que lo afea:
Es una gota de sangre
De Juana la costurera.
¡Por qué toses, débil niña?

Mira que el alba clarea;
Que se va el tiempo: no pares,
Porque el mañana se acerca.
Escucha lo que te dicen
De la máquina las ruedas:
Cose, cose, pobre Juana,
Que ya muy poco te queda.

III

Viendo pasar el entierro
(¡Á los pobres los entierran!)
Un chusco dijo:—En la caja
Lleva el dedal y la seda.—
Y un galán, que, requiebrando,
Hasta á los muertos requiebra:
—Era muy bonita en vida,
Y está muy bonita muerta.—
Y á su mujer un marido:
—Cuida del traje; no sea
Que con el lodo se manchen
Encajes y finas perlas.—
Y al marido, la amorosa
Mujer:—Para manchas, ésta.
—¡De sangre!—¡Sí: roja sangre
De Juana la costurera!
Entre tanto repetían
De la máquina las ruedas:
Cose, cose, pobre Juana,
Que ya muy poco te queda.

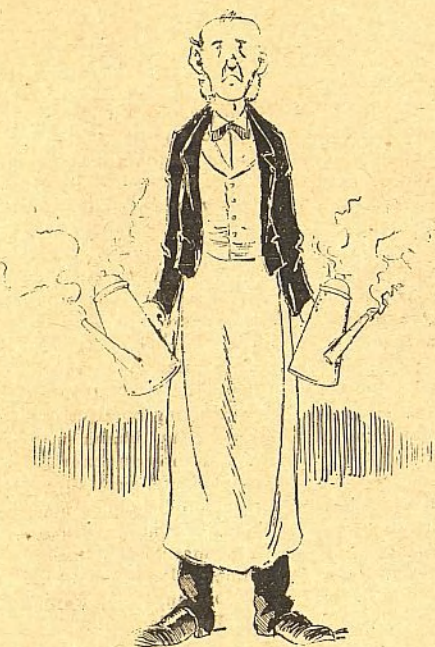
Luis MONTOTO.

ACTUALIDADES, por Pahissa.



EL NUEVO PROMETEO.

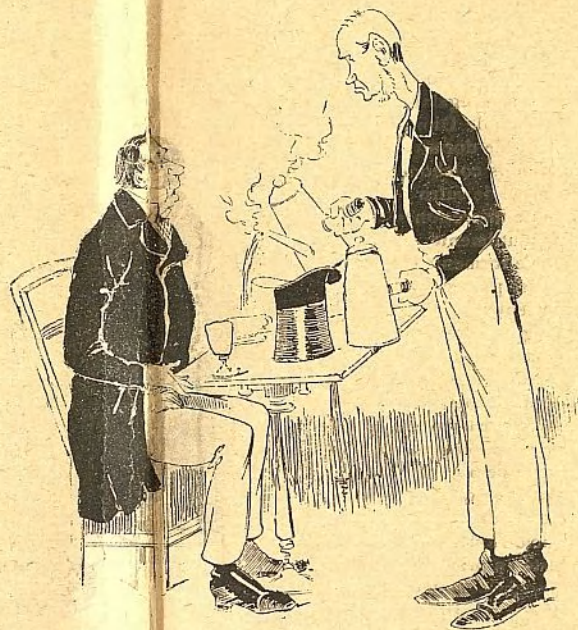
HISTORIETA MUDA, por Mecachis.



1



2



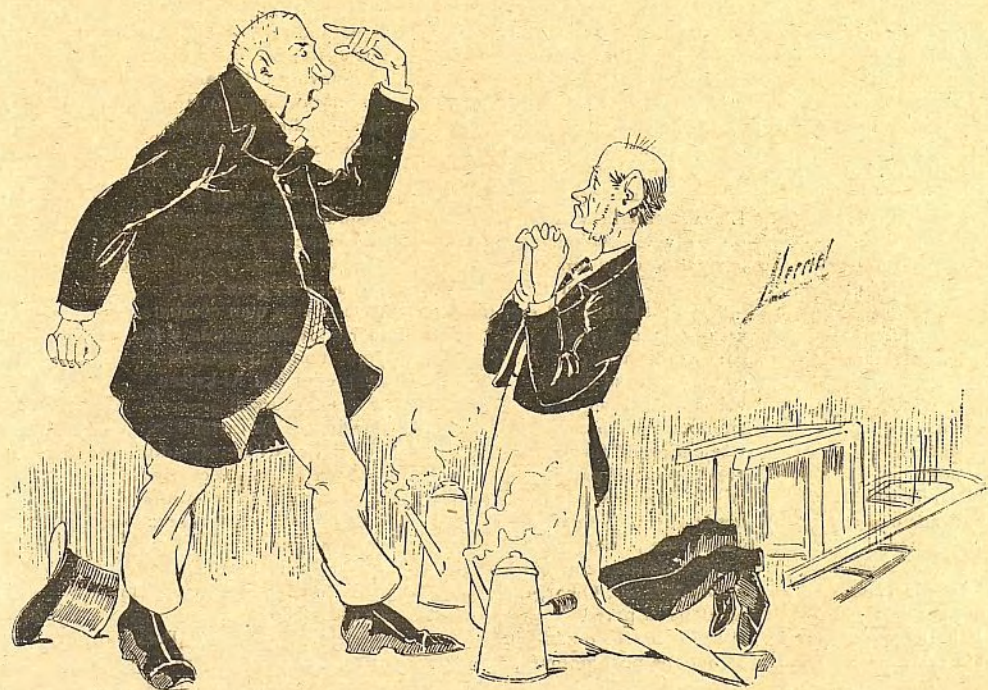
3



4



5



6

Vecino!

Desde que usted se ha casado
con la hermosa Estefanía,
y en cén ha transformado
esa alcoba que está al lado
de la mía,

tengo la seguridad
de que no hay en la ciudad
otro individuo que esté
con menos tranquilidad
que este servidor de usted.

¿Que por qué?

Pues porque entre usted y su esposa
(que en lo viva y ardorosa
no admite la competencia)
acibaran mi existencia
de una manera horrorosa.
Sí, señor; y ya estoy harto:
hace dos noches ó tres

que al través
del tabique de mi cuarto,
se oyen frases insinuantes,
y carcajadas nerviosas
y otras cosas

más ó menos alarmantes,
con las cuales he llegado,
sin poderlo remediar,
á ponerme en un estado

difícil de soportar.

Sé que ustedes, con razón,
harán en su habitación
lo que les parezca bien
y no he de tomarlo á pecho.
Si: le cabe á usted el derecho....

y á su señora también;
pero ya que, como es justo,
quieran disfrutar ustedes

á su gusto
las mercedes
que el destino

sin duda les concedió
cuando fueron al altar,
procuren no fastidiar

al vecino
(que soy yo.)

Lo que contestará usted
cuando lea la presente,
ya lo sé;

es decir, me lo figuro.

Usted dirá, de seguro,
que puedo perfectamente
buscar otra habitación
para recobrar la calma,
y eso haría si pudiera:
pero ¡ay, vecino del alma!

tan triste es mi situación
financiera,

que por fuerza he de *achantarme*
las *latas* que ustedes dos
se han propuesto regalarme
todas las noches de Dios.

Ya he tratado de dormir
metido entre dos colchones,
para ahorrarme de sufrir
cierta clase de impresiones;
pero busco inútilmente
lenitivo á este tormento,
porque con tal precedente,

francamente,
lo que no oigo lo presiento.
Esta mi situación es.

Así, pues,

ya que usted mi dicha roba,
vecino, ¡por compasión!
¡ó arránqueme el corazón.....
ó múdeuse usted de alcobal
Y si (lo que Dios no quiera)
llega usted á poder dudar
de esta relación sincera,
¡póngase usted en mi lugar
un par de noches siquieral

J. LOPEZ SILVA.

El gato escaldado...

(Cuento morisco)

«Abenzaída no suspires:
por mis ausencias de un mes
ni me creas olvidado
del amor que te juré.
Ten cuidado en no acercarte
por la noche al ajiméz,
pues podrían sospechar
si te llegaran á ver
que al asomarte intranquila
no eres á tu esposo fiel
y debemos evitarlo
por lo que te contaré.

Algún infame enemigo
que no nos quería bien
le ha escrito que tu suspiras
por un hombre que no es él
y ha respondido furioso
«que guarda bien su mujer
y que si alguien lo intentara
pronto lo sabría él
y que por listo se tiene
como pocos Al-kaizén.»

No importa. Mañana mismo
en tus brazos estaré;
¿qué cómo? suelta una escala
cuando empiece á amanecer
por el mirador de oriente,
lo demás.... se hará después.
Enjuga pronto esas lágrimas
que mi amor te hace verter
y piensa en Alláh. ¡El, que es grande,
nos ayudará esta vez!»

Esta carta escribió Omar
á la esposa de Al-kaizén
que era de toda Granada
la más hermosa mujer,
y antes de colgar la péñola
volvió á escribir otra vez
para enviar al marido
este furioso cartel:

«Al-kaizén, si eres tan bravo
como el que escribe lo es,
vete junto al Albaicín
mañana al amanecer.
Lleva el caballo y la lanza,
no lo olvides, Al-kaizén,
porque la lucha será
para morir ó vencer.»

Leyó Al-kaizén tal escrito
y se preparó después
para acudir á la cita
como era de su deber,
y á la mañana siguiente
montó un potro cordobés
y se encaminó furioso
donde decía el papel.
¡Y allí se estuvo á pie quieto
desde antes de amanecer,
ganoso de pelear
y sin encontrar con quien!

Entre tanto, Omar, dichoso,
escalaba la pared
y en los brazos de Abenzaída
se hallaba poco después,

burlándose entre los dos
del sanguinario Al-kaizén
que estaría entonces solo
con su brioso corcel
devorando á la intemperie
sus ansias de acometer.

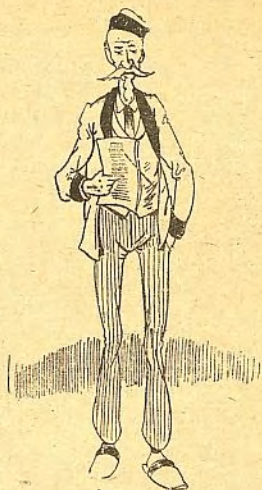
Estuvieron los amantes
dos horas largas ó tres
jurándose eterno amor
ébrios casi de placer
y Omar, creyendo prudente
salir del lugar aquel,
despidióse de Abenzaída
con emoción y se fué.

Pasó un mes y Abul-Assám,
un moro de gran valer
vencedor en cien combates,
fuerte, diestro, noble y fiel
y que tenía un agravio
pendiente con Al-kaizén,
le desafió formal
enviándole un cartel
que decía: «Vete armado
mañana al amanecer,
porque agravios tan profundos
en gente de nuestra prez
se lavan así: ó me matas
ó si no te mataré.»

Y en cuanto leyó la carta
el escamado Al-kaizén
¿sabéis lo que hizo? ¡Pues dar
una zurra á su mujer!

EMILIO DE MOTTA.

LAS PANTORRILLAS DEL GENERAL, por Mecachis.



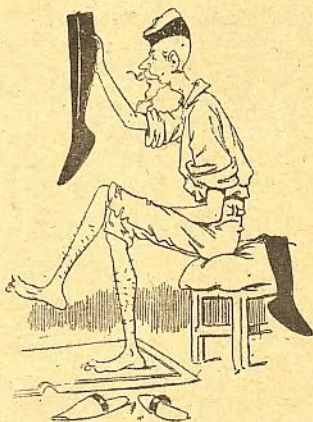
¡Anda! Un B. L. M. para que asista hoy á la recepción de Palacio.



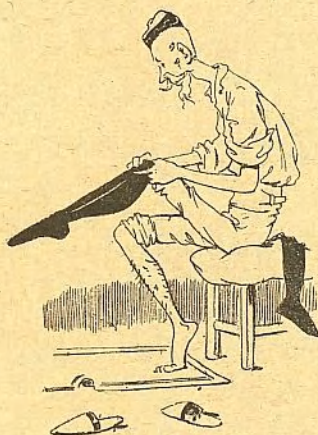
Vistámonos, pues



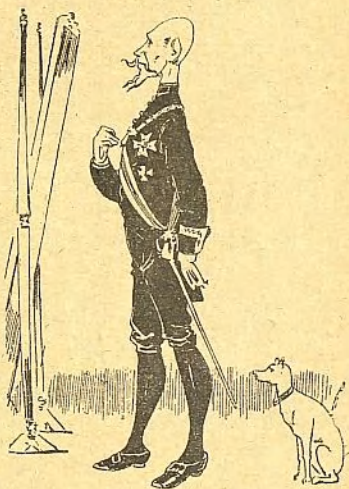
La verdad es, que... ¿á dónde voy yo de calzón corto y con estas pantorrillas?



Afortunadamente, esto salva el compromiso.



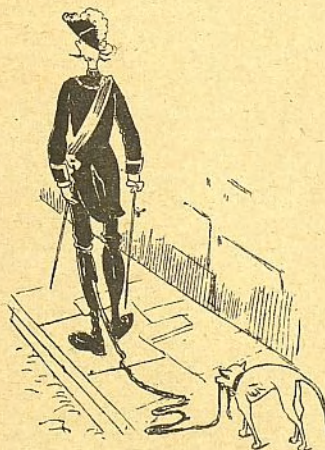
¡Vaya si lo salva!



¿No lo decía yo? ¡Salvado!



..... !



¡Y allá va el general creyendo ya salvado el compromiso!



Caídas mortales.

I

Decidme la razón; yo no la encuentro,
pero sé que aunque nunca la sepamos,
el mundo en que vivimos y en que estamos
lo tenemos adentro.

II

Veréis cual era el mundo de Rosina,
que á los quince años, bella, alegre y buena,
aunque era una mujer, era divina,
y además de divina, era morena

De las cosas del mundo sólo había
para ella un sueño: Pablo; sus amores,
pureza y resplandores;
y de las otras cosas, su ventana
con su marco de flores.

Claro está que las flores las quería
por poderlas echar, cual las echaba
al hombre por quien viva se moría,
una á una cada vez que le veía,
que no eran muchas veces, pues pasaba
sólo cien ó doscientas cada día

Que ¿qué hacia el galán de sus amores
con tanta flor? Pues nada: contemplarlas,
aspirar su perfume y disiparlas:
¡lo que hacemos los hombres con las flores!

Hasta que un día, hastiado

de deshogar las flores de Rosina,
con la alegre altivez del que ha triunfado,
dando un suspiro y una vuelta á un lado,
dejó el rosal por una clavellina;
mientras, sintiendo de la muerte el frío,
después de mucho llanto y de un «¡Dios mío!»
que de eco en eco enterneció á una roca,
con la triste alegría de una loca,
oía ella á su madre que decía,
con la voz dulce que al reñir tenía,
al verla tan pegada á la ventana:

—Si tu no te caes hoy..... será mañana.
¡Por una flor te has de matar un día!

III

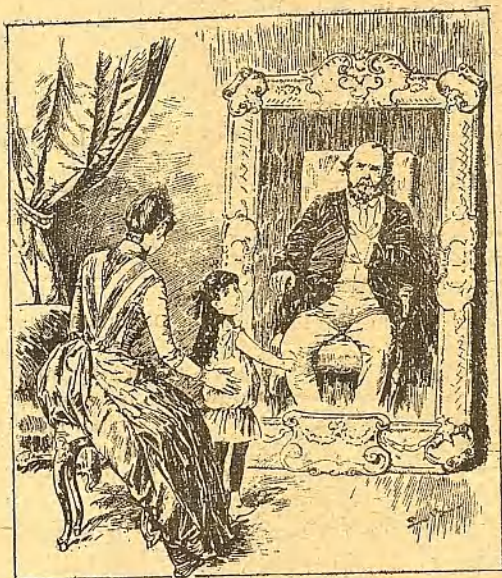
Y..... ¿qué iba á suceder? Como Rosina
sin su amor vió que el mundo se acababa,
se echó de la ventana donde estaba
por llegar pronto á la bondad divina.

Y si alguno el hablar de ella exclamaba:
«¡Cayó de la ventana cierto día
y se estrelló la pobre contra el suelo!»
no faltaba en el pueblo quien decía
mirando á la ventana:

«¡Resbaló de una flor una mañana
y ¡ay! se cayó desde la flor al cielo!»

MARCIAL DE LOS RIOS.

En la plazuela. ⁽¹⁾



Eran las siete de la mañana, hora de mercado en todas las plazuelas de Madrid, cuando yo atravesaba la del Carmen, no á título de madrugador sino en clase de vecino trasnochado, deleitándome con el pintoresco espectáculo por ella ofrecido en aquel instante de alegre barullo y de regocijadas transacciones. Madrid entero, con el estómago vacío y la boca abierta de par en par, aguardaba el retorno de sus emisarios para satisfacer su apetito, reparar sus fuerzas y proseguir su vida de amarguras y de placeres, de esperanzas y de ambiciones. La asandareada cortesana se desperezaba sobre su lecho, dispuesta á engullirse el desayuno.

Y á fé que era la plazuela modelo á propósito para las impresiones de un pincel colorista. Las vendedoras al por menor, con el pañuelo de percal al cuello, la falda recogida y el cesto de legumbres en la cadera, interrumpían el tránsito voceando su mercancía y metiéndola por los ojos de los transeúntes; tablajeros, pescaderos, fruteros y verduleras se desgañitaban en sus puestos respectivos para atraerse los favores de la parroquia; las criadas, con la mano en la cesta y con el pensamiento en la sisa, regateaban el precio de los víveres, volviendo amorosamente los ojos hacia el soldado ó el chulo que las servía de escolta, saboreando la esperanza del futuro almuerzo y de la diaria cajetilla; tipos miserables, con más hambre en el cuerpo que monedas en el bolsillo, bordeaban de cuando en cuando los bulliciosos grupos para constituir la nota triste en aquel concierto de apetitos voraces;

y de todas partes salían á la vez gritos, interjecciones, cuchufletas, ruido de plata que se cambia, de calderilla que se cuenta, de acero que desgarrá la carne, y de carne partida que cae á golpe sobre el mostrador. Aquello era un himno, himno vibrante y estruendoso, entonado por la multitud ante el estómago de una ciudad.

Yo contemplaba el espectáculo con ojos distraídos, y no hubiera salido de mi distracción en mucho tiempo, á no sacarme de ella una figura que contrastaba por modo absoluto con aquel enjambre de pañuelos de seda, de mantones de color, de risas francas y de rostros felices. Era esta figura la de una religiosa que, sujetando entre sus manos un saco de lona, se detenía frente á los puestos, más como quien suplica que como quien contrata.

Yo soy enemigo declarado, y por serlo me felicitó, de las instituciones religiosas; encerrarse entre cuatro paredes para vivir la vida egoísta de la contemplación y del aislamiento, me ha parecido siempre digno de estigma y de censura. La castración moral, el olvido del sexo y el odio al mundo, son determinaciones criminales si para violentarlas se adoptan, estériles é ineficaces locuras del espíritu cuando honradamente se acometen y cumplen; pero en mis hostilidades hago una excepción para las religiosas mendicantes y para las hermanas de la caridad. ¿Por el hábito que visten? No; por los oficios que desempeñan: socorrer al menesteroso y aliviar al enfermo son actos que, realícelos quien los realice, merecen el aplauso de todo el mundo.

De una religiosa mendicante se trataba entonces; pertenecía á esas congregaciones que imploran la caridad pública en beneficio de los pobres y desvalidos, y en tal faena se empleaba cuando llegué á verla y á sentirme atraído por la expresión humilde y resignada de su rostro.

Buena ocasión sería esta de describir á la religiosa, para un romántico; el cual diría seguramente que era bella, que la blanca toca encuadraba á maravilla en su rostro pálido y enflaquecido por los desengaños de la tierra y por las privaciones del claustro, y que su imagen reunía, á los encantos de la mujer, los contornos puros y seráficos del arcángel. ¡Buena ocasión para lucirse describiendo líneas y contornos estatuarios! Pero yo soy amante de la verdad, y debo decir que la religiosa era fea, muy fea.

Su cuerpecillo enclenque y mal configurado, sólo dibujaba ángulos y deformidades en el pardusco manto de estameña que lo cubría; y la toca negra, plegándose antiestéticamente sobre sus sienes, para caer á lo largo y formar un estrecho nudo en la garganta, dejaba al descubier-

(1) Del libro *Manchas de tinta*, de cuya aparición dimos cuenta en el número pasado.

to un cutis picado de viruelas, una nariz larga y torcida, una boca de labios estrechos y desiguales, unas encías desdentadas y una barba prominente y aguda; sólo sus ojos, desprovistos de pestañas, brillaban con dulzura infinita entre sus párpados. La infeliz mujer estaba coja, á mayor abundamiento de fealdades.

Mientras yo la miraba, ella se detuvo frente al puesto de un tablaiero, hombre robusto, de fisonomía pletórica, de ancha frente y hombros hercúleos, el cual, con el veloso pecho descubierto por la abertura de la desabrochada camisa, remangados los brazos y empuñando una enorme cuchilla, descuartizaba una vaca, arrojando sobre el mostrador pedazos de carne ensangrentada y fresca.

La religiosa, metiéndose por entre los parroquianos, se encará con el tablaiero y le dijo con tono humilde:

—¿No hay nada para los pobres?

El tablaiero alzó la vista, miró á la recién llegada de arriba abajo, y encogiendo sus atléticos hombros, prosiguió su tarea sin responder una palabra.

—¿No hay nada para los pobres, amigo mío? repitió la mendicante, adelantando un paso.

—¡Para los pobres! repuso el carnicero sin dejar su puesto y apoyándose brutalmente en el cuchillo. ¡Para los pobres! ¡Para vosotras, querás decir, bruja! ¡Si te figurás que no os conocemos aquí y que vais á engañarnos como á tontos! ¡Cuidado si tienen gracia estos demonios de mujeres! ¡Para los pobres! Para engordar vosotras y engordar á los frailes; eso es lo que hacéis, y á los pobres que los parta un rayo. Digo que no hay nada: ¡á engañar bobos á otra parte, que aquí os han conocido!

—¡Y cuidado, añadió volviéndose hacia la gente que rodeaba el puesto; cuidado si es fea la chupacirios; parece una cucaracha sin patas!

La gente soltó una carcajada de burla, y la religiosa, impasible tranquila como si no hubiese escuchado la afrenta, repitió de nuevo con voz serena:

—¡Por caridad, señor!

—¿Pero aún está usted ahí? gritó el tablaiero. ¿No le he dicho á usted que se vaya? Ea, ¡largo de aquí!

La mendicante siguió en su sitio contemplando al hombre que la insultaba; y éste, enfurecido por aquella muda oposición, exclamó adelantándose hacia el mostrador:

—¡Largo de aquí! ¡Fea, asquerosa, chupalámparas, beata, carlistona, vieja, pedigüeña, insolentel...

La mujer recibió aquel torrente de injurias con los ojos bajos y la vergüenza en las mejillas; y cuando su detractor puso término, por falta de resuello, á tan grosero vocabulario, le dijo con voz dulce, y clavando en él sus pupilas henchidas de compasión y de ternura:

—Bueno: todo eso es para mí; y para los pobres, ¿qué me da usted?

El tablaiero se puso lívido: retrocedió dos pasos, vaciló sobre sus pies como si hubiese recibido un mazazo en la cabeza, y cogiendo un trozo de carne, el más grande, el más sano, el más jugoso, se lo arrojó á su contrincante, y murmuró, mientras le volvía la espalda con vergonzosa brusquedad:

—Tome usted... Hasta mañana.

JOAQUÍN DICENTA.

¡Vámonos al campo!

¿Que al campo te convida con su verdura?
Pues te llevaré al campo, querida Pura;
para poder á solas y en dulce calma
decirte que te quiero con toda el alma.
Pasaremos las horas junto á la fuente,
besándonos á solas continuamente.
Conmigo irás al soto y al bosque umbrío,
verás los alcornoques, verás el río.
verás las amapolas y las ortigas
y los escarabajos y las hormigas.
Desde tu misma cama verás la huerta,
cantará el jilguerillo junto á tu puerta,
saldrás de esta vivienda tan reducida
y hallarás en el valle luz, aire y vida;
porque el valle ya sabes que no es estrecho,
sino muy ventilado y alto de techo.
Tú verás cómo pescan los cazadores
Y verás cómo cazan los pescadores.

Con las extremidades medio desnudas
dormirás unas siestas morrocotudas.
Te pondrás en el campo gorda y lozana,
serán tu desayuno por la mañana,
zanahorias, lechugas, guindas y peras,
y beberás á pasto cuanto tú quieras,
leche pura de ovejas en limpias jarras
ó leche de jumenta si te acatarras.
Mas, para que gocemos de tal ventura,
una cosa te advierto, querida Pura:
que estarás en el campo como te digo
y á cazar codornices irás conmigo,
y te haré muchos mimos entre el follaje,
porque, aunque cuesta poco yendo en tercera,
es mejor no hacer gastos, niña hechicera,
¡que el amor tiene mucha más poesía
cuando cuesta barato, pichona mál!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Chirigotas

En el número pasado inserté un aviso suplicando á mis corresponsales me devolviesen á la mayor brevedad posible los ejemplares que tuviesen sobrantes del Almanaque.

¡Sí, sí! ¿Devolver dijiste?

Lo que me han mandado es un aluvión de cartas, duplicando, en casi todas, los pedidos de ejemplares.

Pedidos ¡ay! que no podemos servir, por estar á estas horas la edición completamente agotada. ¡Lo que se llama completamente agotada!

¡Cuan bueno eres ¡oh, público! y qué poco va á parecerme cuanto yo haga por servirte!

Hay seis pueblos en el mundo:—Portazgo de Palabea, —Villagarcía de Arosa, —Cáceres, Soria y Estepa— (seis pueblos que ¡más valía—para mi, que no existieran!)—Y hay en los seis pueblos dichos—seis sujetos que se empeñan,—pese á mis ruegos y súplicas,—en deberme unas pesetas—¡cuando bien saben que yo—no quiero que me las deban,—que quiero que me las paguen—por no ver cual me la pegan!

Les giro letras.... ¡y nadal—me vuelven aquí las letras,—con protestos, que yo pago—mal que pese á mis protestas.—«¡Mandadme el dinero!» y ellos—me mandan.... á hacer calceta.—«¡Respondedme!» y me dan todos—la callada por respuesta.

¡Oh, sujetos apreciables—que estar sujetos debierais!—¡ó ajustáis cuentas muy pronto—ú os voy yo á ajustar las cuentas!—Y pues las letras volvéisme,—aquí os mando yo estas letras—para deciros que pronto—os sacaré á la vergüenza.—¿Cuándo? «¡En el número próximo»,—como dicen las novelas!

Señoras y señoritas:

que ustedes, como españolas que son, serán á buen seguro guapas y graciosísimas en su mayor parte, cosa

es que está fuera de toda duda y que nadie discute en esta tierra de la caballería y de la galantería.

Y si lo son ustedes ¿por qué no mostrarlo clara y públicamente?

Por esta razón y considerando:

1.º Que no es ninguna afrenta, antes bien debe ser motivo de legítimo orgullo y vanagloria natural y lógica el poseer una cara bonita;

2.º Que aquí la que más y la que menos, en siendo guapa, se lo presume.... y hace bien; y

3.º Que nada tiene de particular que así como se publica el retrato del artista famoso ó el del poeta célebre, se publique el de la mujer notable por su hermosura;

LA SEMANA CÓMICA ha determinado abrir—y abre desde este momento—un

CERTAMEN DE BELLEZA

al cual excita á sus lectoras á concurrir.

El premio (que otorgará un jurado compuesto exclusivamente de artistas de valía) consistirá en una placa de oro esmaltado, en la cual figurará el retrato de la agraciada (que más que nunca merecerá entonces este título), la fecha del día en que se le conceda el premio y el nombre del periódico que lo concede.

No se admitirá ni se publicará retrato alguno que no proceda de localidad en donde, por nosotros mismos, ó por medio de persona abonada para el caso, no podamos cerciorarnos de que pertenece á persona de conducta intachablemente honrada.

Los primeros retratos que en el Certamen figurarán, y que verán la luz en el número próximo, han sido solicitados y obtenidos por nosotros de distinguidas familias de esta ciudad y de Madrid. Son cuatro: dos de ellos de señoritas y dos de señoras.

Ahora.... el bello sexo tiene la palabra.

CORRESPONDENCIA

D. G.—Santander.—¿Y para qué va V. á molestarse en mandar la dirección? Vamos á ver ¿para qué?

P. D.—Barcelona.—No parodie usted á Becquer, joven cuitado, que eso está ya hace tiempo desprestigiado.

A. C.—Madrid.—Es que para aceptar una composición no sólo es preciso que no sea mala; es necesario, además, que sea buena. Con que... esa carta le escribo.

Chiflis I.—«... porque eres sol deslumbrante, fuego radioso y brillante, luz pura y resplandeciente...»

¡Caramba joven! eso hay que leerlo con lentes ahumados. Porque deslumbra ¡palabra que deslumbra!

C. D.—Barcelona.—Eso es ¡ay! soberanamente malo.

A. H.—Granada.—Eso es ¡ay! inconmensurablemente largo.

Petronilo.—Y eso es ¡ay! encantadoramente sucio.

D. G. de M.—Madrid.—Patretrems behndewn karken chipimequi palimpi trusqui. ¿Que no lo entiende Vd., eh? ¡Pues que me aspen si he entendido yo mejor el soneto!

A. M. S.—Gijón.—¡Atizal! ¡Ocho cantos! Con menos se empedró la carretera de mi pueblo.

C. G.—Lérida.—Pues bien claro está: Usted remite una composición. Si se le admite, me da Vd. las señas de su domicilio. Y la misma semana en que la composición se publique, se le manda á Vd. el importe por

correo. Me parece que el procedimiento es de una sencillez primitiva.

D. P.—Cádiz.—¡No, por Dios! No mande Vd. seguidillas fáciles.

A. M.—Gracia.—Ni Vd. letrillas fútiles.

Pepino.—Ni Vd. parodias fósiles. (Pues señor: ¡en buena semana he reanudado la Correspondencia.)

Uno de Grijota.—¿Que es lo que tengo? ¡Hamor! la dije un día...

Pues no señor: lo que tiene Vd. son unas *haches* muy mal educadas, que se cuelan á lo mejor donde no deben colarse. Y ¡claro! le hacen representar á Vd. el triste papel.

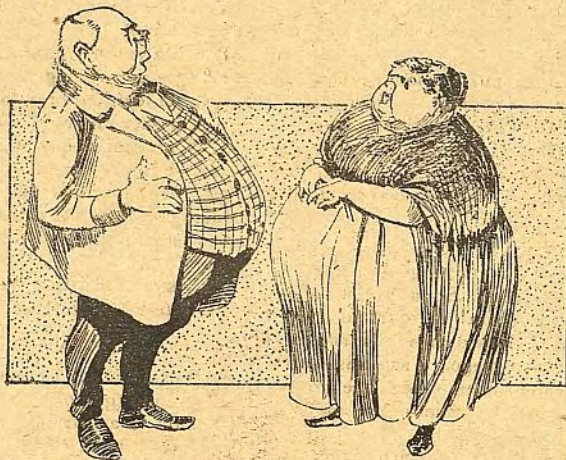
C. de C.—Barcelona.—¡Andal! ¡pues si eso parece un capítulo de Ortega y Frías, puesto en verso por Carullal Dario.—¡Gracias á Dios que acepto una! Choque Vd. y vengan la firma y la dirección.

A. Bram.—¡Insípido!

No podemos precisar—y bien sabe Dios cuánto siento que la falta de espacio me lo impida—por qué causas no son publicables las composiciones ó dibujos con cuya remisión nos han honrado los señores:

A. G. U., *Un tranquil*, B. C., *Uvas Verdes*, M. M., *Un tocador de violón*, M. H., *Miramamolín* y F. U. (Barcelona).—D. C., *Pánfilo Bobo*, C. M. de H., *Un catalán*, A. A. A. *Fota de Ese* y R. M. (Madrid).—A. S. (Santander).—*Un bárbaro adalid*.—*Francifredo*.—*Mi vecino*.—F. S., T. M. y *Pacorro* (Valencia).—S. de A. (Avila).—P. Pito y *Un de la terra*.

SOSADAS, por Melitón Gonsalez.



... así es que ¡claro! no han logrado tener sucesión.



ANUNCIOS



LA SEMANA CÓMICA

PERIODICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores literatos
y los más celebrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Barcelona.	Trimestre. 2'50 ptas.
Fuera.	Semestre. 5 »

NÚMEROS ATRASADOS: DOBLE PRECIO

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Vertrallans, 3, 1.º—Barcelona.

Despacho: todos los días laborables de 2 á 4 tarde.

UNICO ENCARGADO

de la venta y expendición de

→ LA SEMANA CÓMICA ←
en Madrid.

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.— Plaza de Santo Domingo.

BIBLIOTECA

— de —

LA SEMANA COMICA

Se publicará pronto y contendrá novelas, poemas, etc., de los más reputados autores.

En prensa el tomo primero ilustrado por Cilla, Escaler, Pons y Mechis.

PRECIO: 2 REALES TOMO